



¿EL CIELO PUEDE ESPERAR?

Joaquín Menacho Solá-Morales

I. EL CIELO NO PUEDE ESPERAR

1. Atreverse a reabrir una antigua pregunta
2. *“Dime qué Cielo esperas, y te diré qué tierra construyes”*

II. EL CIELO NO HA ESPERADO

1. El Reino que Jesús anunció
2. *“El Reino de los Cielos ya ha llegado”*
3. La tierra transfigurada

III. EL CIELO HA DE ESPERAR

1. *“El Reino de los Cielos es como una semilla”*
2. *“Ni ojo vio, ni oído oyó”*
3. Trigo y cizaña

IV. EN EL CORAZÓN DEL CIELO

La ignorancia es muy osada. Por eso me atrevo a hablar del Cielo, de lo que quizás pueda ser la vida en la plenitud del Reino de Dios, más allá de nuestra historia, del espacio y del tiempo en el que vivimos nuestra vida biológica. Y de lo que este Cielo tiene que ver con nuestra tierra. No pretendo más que comunicar mis reflexiones y las imágenes que a mí me sirven para pensar y gozar de este Cielo. Espero modestamente que puedan ser útiles también a otros.

En este caso es doblemente válido aquello de que, en todo lo que podemos decir sobre Dios, es más la diferencia con la realidad que la semejanza con ella. Pero pienso que, aun a través de imágenes y palabras, que son inevitablemente miopes y ambiguas, se puede comunicar también la esperanza, el gozo y la ilusión de aquello que la fe nos hace sentir como una Promesa.

I. EL CIELO NO PUEDE ESPERAR

En un mundo como el nuestro, que vive tan “pegado al terreno”, tan interesado por aquello que nos puede reportar beneficios palpables, por no decir “contantes y sonantes”, parece que hablar de algo como “el Cielo” sea poco menos que impertinente. Quizás el tema nos resulta poco interesante; quizás nos hace esbozar una bienintencionada sonrisa de compasión... Pero quizás este tema nos sitúa directamente frente a preguntas que hemos dejado de hacernos y que sería interesante y beneficioso plantearse nuevamente, aun sabiendo que no obtendremos respuestas “claras y distintas”.

1. Atreverse a reabrir una antigua pregunta

Preguntarse por “el Cielo” es preguntarse por el sentido y el destino último de todo esto que conocemos: de nosotros mismos, de nuestros seres más queridos, del planeta que decimos amar cuando hablamos de ecología, de esta humanidad por la que nos preocupamos cuando nos dolemos o nos airamos ante la guerra o la injusticia. Todo lo que amamos, cada hombre o mujer que ocupa un lugar en nuestro corazón y en nuestras preocupaciones, es un buen motivo para volver a preguntarse acerca de aquello que hemos llamado “el Cielo”. Aunque hay que reconocer que el tema es bien difícil. Ya la misma expresión (“el Cielo”) nos remite al lenguaje infantil, como anunciando que nos enfrentamos a cuestiones que se han resistido siempre a la mirada “adulta” de la Modernidad. Pero tal vez sea ésta una adultez un tanto falsa, postiza, “de baratillo”: una pseudo-adulter, que para evitar las ilusiones ha renunciado a la ilusión, que para poder explicar las cosas ha negado el misterio en lugar de aprender a contemplar el misterio de las cosas, cara a cara, sin temor, aunque esto suponga aceptar que no tenemos explicación para muchas cuestiones, quizás precisamente para las más importantes.

“Hay quien mata al padre” -me comentaba un amigo a propósito de una tercera persona poco dada a la sonrisa y la ilusión- “pero es que hay gente que mata al niño”. Sí, quizás hemos “matado al niño” que hay en nuestro interior, a fuerza de “eficiencia” y de “realismo” mal entendido. Quizás, adormecidos por mil preocupaciones cotidianas, o agobiados por los acuciantes problemas de nuestro mundo, hemos olvidado dejar un lugar en nuestra vida para los sueños, para la esperanza, para la ternura. Y quizás no acabamos de percibir que eso va secando nuestra vitalidad, nuestra creatividad, nuestra capacidad de ser felices y de gozar profundamente de la vida, más allá de las satisfacciones más primarias y de consumo al uso.

Quizás nos conviene despertar de nuevo al niño que llevamos dentro y dejarle mirar nuestro mundo y nuestros seres queridos para recuperar ese brillo de ilusión que se refleja en sus ojos.

No se trata, claro, de dejarse embobar por la promesa de un caramelo, pero sí de

rescatar lo más vivo y despierto que hay en nosotros. Rescatar una mirada que espera mucho de la vida, del mundo y de los demás; y que espera mucho para la vida, para el mundo y para los demás. Una mirada que mantiene viva una llama de curiosidad, de pregunta, de deseo...

Este es el lugar desde el que comenzar el camino de preguntarse por el Cielo, por el destino último de las cosas y las personas. Porque se trata de despertar como de un letargo, de una pereza y un abotargamiento. Saciados hasta la saturación por todo aquello que podemos consumir, estamos abotargados. Desanimados por los fracasos en la lucha por una humanidad más justa y fraterna, estamos perezosos. Dormidos nuestros ideales por canciones de impotencia que han susurrado en nuestros oídos, estamos aletargados. Por eso no son, los nuestros, tiempos de utopías, sino de conformismo; no son tiempos de rebeldía, sino de resignación.

En nuestros días algunos pensadores han proclamado “el fin de la Historia”, como anteriormente otros proclamaron “la muerte de Dios”. Y así nos va. Porque el que deja de soñar con su meta, acaba por dejar de caminar. Y el que no camina, no llega a ninguna parte. Por todo esto, creo que es importante volver a hablar del Cielo, una vez más. Por esto creo que “el Cielo no puede esperar”.

Es verdad que las imágenes del Cielo “al uso” no son demasiado estimulantes: esos campos de nubecillas donde se pasea la gente vestida con una túnica blanca entre angelitos barrocos no parece que puedan aportar demasiado a nuestra vida. Y, sin embargo, una persona tan seria (en el sentido más noble y menos aburrido de la palabra) como Jesús de Nazaret, dedicó su predicación y su vida (hasta el punto de perderla en el intento) al anuncio del Reino de Dios, que es lo que luego hemos llamado nosotros, con una expresión mucho más pobre, “el Cielo”.

Pues bien, en estas páginas intentaremos confrontar nuestra imagen “del Cielo” con lo que Jesús anunció. Tal vez de esta confrontación surja para nosotros alguna luz nueva con la que enfocar estos asuntos. Y tal vez, así, descubramos que esto del “Sentido Último”, “el Cielo”, o mejor, de ahora en adelante, el “Reino de Dios”, tiene un relieve, una profundidad y una capacidad de atracción y de estímulo incomparablemente mayor que esas imágenes acarameladas y “hollywoodienses” que, con razón, rechazamos como infantilismos. Quizás, al fin y al cabo, descubramos que vale la pena creer.

2. *“Dime qué Cielo esperas, y te diré qué Tierra construyes”*

Pienso que el hombre es un ser que vive atravesado por una sed de felicidad virtualmente infinita. Una sed tal vez negada, tal vez disimulada bajo disfraces más o menos elaborados. Somos seres abiertos, no cerrados; proyectados hacia fuera de nosotros mismos, no circulares; tendidos hacia el futuro por el deseo. Vivir es caminar. Y caminamos atraídos por el bien, la belleza, la verdad. Podemos ponerle mil nombres, y ninguno acabará de satisfacernos del todo. Pero en cualquier caso, el hombre es un ser que camina para alcanzar un Horizonte. Salvo que, cansado o desesperanzado, se siente junto al camino a “dejar pasar el

tiempo”, a “matar el tiempo”, a esperar la muerte.

No hay hombre realmente vivo sin un horizonte hacia el que caminar. Este horizonte adopta muy diferentes formas y nombres, sin duda. Para el pobre será la dignidad y la justicia, para el hambriento será el pan, para el atormentado será la paz de espíritu, para el enamorado será la mujer amada, para el preso será la libertad, para el aburrido será la ilusión. De forma similar sucede con la Humanidad en su conjunto. Aspiramos a vivir en un mundo donde haya paz, justicia, fraternidad. Nos horrorizamos ante la guerra, la crueldad, la injusticia. Por eso, incansablemente, la sociedad intenta buscar solución a sus problemas: el paro, el terrorismo, la pobreza, etc. Igualmente, a escala global, nos esforzamos por reducir la pobreza del Tercer Mundo, o acabar con las guerras, o disolver los fundamentalismos religiosos. Sí, nos gustaría vivir en un mundo en paz y armonía, como nos gustaría que la paz y la armonía reinasen en nuestra familia, o dentro de nosotros mismos.

Y todo caminante sabe que, a medida que se anda el camino, el horizonte se retira para dibujar un nuevo horizonte, más allá. Así sucede también con nuestros deseos y aspiraciones. Cuando un problema ha sido solventado, surge otro motivo de inquietud u otra aspiración mayor, más allá de lo ya conseguido. El horizonte se retira. Una cancioncilla de Joan Manuel Serrat lo recuerda, con su estilo tierno y socarrón:

«Puse rumbo al horizonte
y por nada me detuve,
ansioso por llegar
donde las olas salpican las nubes...
Y cuanto más voy p'allá
más lejos queda,
cuanto más deprisa voy
más lejos se va».

Cuando se abolió la esclavitud, surgió el proletariado. Cuando se constituyeron los sistemas de seguridad social en los países occidentales, se vio la necesidad de crear subsidios de desempleo y, luego, “salarios mínimos” sociales. Cada logro nos enfrenta a nuevos retos, a nuevas necesidades. Todo sucede como si estos horizontes fuesen reflejos, concreciones de un Horizonte último deseado desde lo más hondo de nuestro corazón. Deseamos, en el fondo, la felicidad, la armonía, la paz... Deseamos, pues, alcanzar el Horizonte y quedarnos a vivir en él.

Cada cultura, cada religión, ha formulado a su modo esta relación del hombre con su Horizonte último. Se le ha llamado “Utopía”, o “Paraíso”, o “estado socialista”, o “Super-hombre”. Se le ha llamado “Solidaridad”, o “Libertad-Igualdad-Fraternidad”, o “nirvana”. Jesús le llamó “Reino (reinado) de Dios”, tomando una expresión de su propia tradición religiosa judía. Son mil nombres que responden a una misma sed, a un mismo deseo, a una misma aspiración.

Ahora bien, aunque responden a una misma realidad íntima del ser humano, no son, sin más, equivalentes, al menos en principio. Cada una de estas ideas (u otras que podríamos añadir a la lista) no son solamente una designación distinta de una misma realidad; no se trata sólo de una cuestión de nombre. Detrás de ellas hay también diferentes maneras de entender la

relación entre el ser humano y su Horizonte último. Y estas diferencias son mucho más significativas de lo que se podría pensar en una primera aproximación superficial. Porque si el hombre es un ser que camina hacia su Horizonte, el tipo de relación que establece con ese Horizonte marca profundamente su forma de caminar.

Por poner un ejemplo, tristemente actual, el arrojamiento ciego de los terroristas suicidas del extremismo islamita se apoya en la convicción de que eso les llevará a un paraíso de felicidad, donde serán recibidos como héroes. Es una forma concreta de relacionarse con el Horizonte último. Para ellos, quizás simplificando un poco, el Horizonte es un lugar o situación de la persona en la que se goza del placer y la felicidad, en virtud de un mérito alcanzado por el sacrificio de la vida en una guerra. Es una visión determinada de lo que es “el Cielo”, y, sobre todo de la relación que hay entre ese “Cielo” y esta “tierra”, esta vida de aquí y ahora. Esta vida es una guerra, en la que cualquier sacrificio propio o ajeno está justificado, y en “el Cielo” se gozará de todo aquello que aquí se ha sacrificado para afrontar esta guerra.

Como vemos, el modo de entender “el Cielo”, marca mucho lo que hacemos en “la tierra”. Por eso, para transformar “la tierra”, es necesario también transformar “el Cielo”, es decir, nuestra manera de relacionarnos con él. No es extraño, pues, que el Apocalipsis hable de “un cielo nuevo y una tierra nueva”. Porque ambos están relacionados, son reflejo recíproco.

Si, por tanto, la forma de entender el Horizonte y de relacionarnos con él va a marcar nuestra forma de caminar, si la forma de entender el Cielo va a marcar nuestra forma de estar en la tierra, vale la pena pararse a pensar cuál es “nuestro Cielo”. Quizás podríamos remedar el dicho popular, diciendo: “dime qué Cielo esperas, y te diré qué tierra construyes”. Y, por cierto, esto vale también para aquellos que dicen no creer en ningún “Cielo”... porque no creer en ninguno ya es una forma determinada de relacionarse con el Horizonte último, y tiene también sus consecuencias en la forma de afrontar los retos, los problemas y las aspiraciones personales, y también colectivas y sociales.

Por esto, para la fe cristiana, lo significativo no es solamente el hecho de creer en “el Cielo”, sino cómo se cree en él. Seguramente es tan importante qué imagen tenemos de ese Cielo y su relación con nosotros, como el hecho de que exista. Vamos, pues, a intentar averiguar qué Horizonte tuvo Jesús, y cómo se relacionó con él.

II. EL CIELO NO HA ESPERADO

Ya hemos dicho que Jesús nunca habló de “el Cielo”, sino, en todo caso, del “Reino de los Cielos”, o su equivalente, el “Reino (reinado) de Dios”. No es ésta una idea original de Jesús, sino que está presente desde antiguo en la tradición israelita y judía. No nos vamos a detener aquí a explicar con detalle cual es el contenido de esta expresión. El lector interesado puede encontrarlo en escritos de fácil acceso.

La expresión indica una situación en la que reina Dios, *y no las mil y una tiranías* que someten al ser humano a alienaciones de toda índole. El Reino de Dios es una situación, pues, de plena reconciliación del hombre consigo mismo, con los demás seres humanos, y con su mundo. Los evangelios, con una potente imagen basada en la praxis de Jesús, hablan de este Reino como de un banquete preparado por Dios y al que son invitados todos y cada uno de los hombres y mujeres. Se trata, pues, de una situación de gozo desbordante en la fraternidad.

1. El Reino que Jesús anunció

Hasta aquí, el dibujo cristiano del “Cielo”, del Horizonte último de la vida humana, no difiere demasiado de otros “dibujos”: se trata del Horizonte de la felicidad plena del ser humano, de la culminación del deseo más profundo del corazón.

Ahora bien, hay que hacer notar ya que el Reino que Jesús anuncia tiene algunos rasgos característicos. En primer lugar, no se trata de un Reino puramente espiritual. Es un Reino que abarca todo el hombre en sus múltiples dimensiones: económica, corporal, moral, social, religiosa, etc. Por tanto, supone una liberación del hombre de toda esclavitud interna y externa, personal y social. El “Cielo” del que Jesús habla no es un Cielo “sólo para el alma”, sino para la persona humana en toda su integridad.

Como consecuencia de lo anterior, el Reino de Dios no es un Cielo sólo individual, sino que, forzosamente, es social, comunitario, puesto que la persona no sería ella misma sin aquellos con los que se relaciona, con los que vive, a los que ama. Por decirlo así, ¿acaso el Cielo sería Cielo para Groucho sin Harpo y Chico... y sin Margaret Dumont? Un filósofo dijo aquello de que “el infierno son los demás”... no estoy de acuerdo. En realidad nuestro Cielo son los demás.

Ahora bien, un Reino que no es de individuos aislados supone, a la vista de la más elemental experiencia, un profundo proceso de reconciliación, una auténtica y radical revolución. Sin esa revolución, ¿cómo imaginar sentados en la misma mesa a Bin Laden y al Sr. Bush? ¿Cómo convencer a las Madres de Mayo para compartir un banquete con aquellos que torturaron a sus hijos? ¿Cómo podrá cantar un brindis aquel niño que muere de hambre en algún lugar de África con el especulador que se enriquece haciendo bailar millones de dólares

por los mercados financieros internacionales?

Por eso la predicación del Reino de Dios es profundamente revolucionaria, y resulta un aguijón que reclama constantemente la liberación de las víctimas de cualquier tipo de injusticia. Por eso el Reino de Dios supone la urgencia por transformar nuestro mundo en toda su integridad ecológica, económica, social y política.

Con esto que acabamos de decir, ya tenemos dos rasgos importantes del Horizonte último que propone la fe cristiana: es un Horizonte que incluye la integridad del hombre, personal y social. Queda descartado, por tanto, caminar hacia una situación en la que sólo se potencian los valores espirituales (espiritualismo), o en la que sólo se cultiva el bienestar material (materialismo). Se tratará, más bien, de intentar una cierta integración de lo material y lo espiritual, de lo corporal y lo anímico, de modo que haya una armonía.

Queda descartado, también, aquel proyecto en el que la felicidad sea entendida como algo individual, que no incluya la felicidad de los demás. Retomando el ejemplo del terrorista suicida, ¿qué clase de Cielo aspira a alcanzar quien, a cambio de una felicidad en el más allá, siembra en esta tierra el dolor de forma tan brutal? Un Cielo *individual* o “de tribu”, puesto que excluye a los “infieles”, a “los otros”. Con un Cielo así, se acaba por construir (mejor dicho, destruir) una tierra como la tierra arrasada de las Torres Gemelas.

O, con otro ejemplo, aquellos que cifran su felicidad en el bienestar personal y el “goce de la vida” (en su sentido más primario), sin considerar la importancia de los valores morales y espirituales, o bien, aquellos que dedican lo mejor de su vida al “éxito social” (expresión que suele significar, de hecho, “éxito económico”) ¿no son éstos los que, caminando hacia tal Horizonte, no tienen reparo en explotar al vecino o especular con bienes que resultan vitales para muchas personas en situación económicamente precaria? O, en el otro extremo (aunque muchas veces con resultados similares) aquellas personas religiosas que creen en un Cielo “puramente espiritual”, ¿tendrán algún cuidado en preocuparse de los aspectos materiales de la vida propia... y de la de los demás?

2. “El Reino de los Cielos ya ha llegado”

Bien, ya hemos dicho que el Cielo (de Jesús) es algo ni sólo material ni sólo espiritual. Ahora hay que señalar algo que es muy característico de la predicación de Jesús, y a lo que él mismo dio gran importancia, según se desprende del testimonio de los Evangelios. Y es que el Cielo *ya está aquí, en la tierra*. Parece ser que éste fue, precisamente, el núcleo de su predicación. El evangelio de Marcos resume la predicación de Jesús en la siguiente expresión: “El Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Noticia” (Mc 1,15). Y esta predicación fue una originalidad, por así decir, de Jesús.

En la tradición judía se esperaba, ciertamente, el establecimiento del Reino de Dios, la realización de la Utopía. Diversos movimientos proféticos a lo largo de la historia de Israel

habían anunciado la realización de esta Utopía de justicia y fraternidad. Habían anunciado su realización futura e incluso su advenimiento próximo. Pero sólo Jesús se atrevió a afirmar, a anunciar, a proclamar que la Utopía *¡ya está aquí!*

Conviene, pienso, ponderar profundamente la osadía de Jesús. Imaginemos que, en nuestros días de escepticismo y de búsqueda de la pequeña felicidad personal, apareciera un hombre (un hombre, además, pobre y sin estudios), proclamando que la Utopía ya se está realizando, que ya está aquí, que sólo hay que abrir los ojos (y el corazón) para vivir en ella, para verla y tocarla... ¡vaya predicación! ¿Quién le creería? ¿Lo tomaríamos por loco, o por visionario, o por embaucador? Por todas esas cosas tomaron, de hecho, a Jesús sus contemporáneos. Y no es de extrañar, ¿no? ¡Pues resulta que este es el centro del Evangelio y de la fe cristiana! ¡Que el Reino de Dios ya está aquí! Esto es lo que Jesús anunció. Si uno es capaz de creer a Jesús... ¿no es realmente esto una Buena Noticia, la Mejor Noticia que se pueda dar a la humanidad?

La cuestión, me parece, es de la máxima importancia. Vivimos sin creer apenas en nada. Vemos guerras, enfermedades, injusticias, y no somos capaces ni de soñar con una Utopía, aunque fuera futura. Pues Jesús afirma no sólo que la Utopía se realizará, sino que ya se está realizando aquí y ahora. Para vivir en ella (para “entrar en el Reino”, según sus palabras) tan sólo hace falta *convertirse*, cambiar el corazón y abrir los ojos, y *creer* en el Evangelio, tener confianza en esta Buena Noticia.

Es posible, pues, encontrar felicidad en esta vida. No sólo es posible, sino que resulta hasta sencillo para quien encuentra el camino. Jesús lo dice: “el Reino de los Cielos está dentro de vosotros” (Lc 17,21). No hay que ir a buscarlo lejos, no es algo complicado. Resulta difícil entrar en él de tan sencillo como es.

La Utopía cristiana, en consecuencia, se distingue de otras formas de entender la utopía porque entiende que es una utopía *ya presente* en la historia de cada persona, y en la historia de la humanidad. Por eso siempre hay esperanza para toda persona y para toda situación. Porque el Reino de Dios está también ahí, quizás oculto, pero presente: estamos invitados a descubrirlo. Esto proporciona (o debería hacerlo) una forma radicalmente esperanzada de abordar los problemas personales o colectivos. Por eso es profundamente anticristiano el “no hay nada que hacer”, “esto no tiene solución”. Al contrario, la fe de Jesús nos conduce a pensar precisamente que sí hay solución. Y no solamente hay solución sino que es una solución que, de algún modo, ya está ahí: la realidad tiene capacidades, resortes, que la hacen salir adelante. Es necesario, entonces, buscar y hallar esos resortes y estimularlos, fortalecerlos.

Por poner un ejemplo, podríamos hablar del problema de los maltratos a mujeres. Uno podría resignarse y decir aquello de “siempre han existido maltratos, y siempre existirán mientras el hombre sea hombre”. Con esto lo que hace es cerrar el camino de solución del problema, además de desentenderse comodamente. Pero si uno cree que el Reino ya está aquí, descubrirá que en las víctimas de maltrato hay deseo de felicidad, y que a partir de ese deseo puede darse el paso de la denuncia y de la protección de la víctima. Es necesario, pues,

estimular ese deseo y dar apoyo a esa persona. También descubrirá que la mayoría de las personas consideran que tales abusos son aborrecibles; por eso se pueden utilizar los medios de comunicación para concienciar a la sociedad. La Utopía ya está presente ahora, en cada situación. Hay que descubrirla y fortalecerla para que se vaya haciendo realidad. Se trata, como se ve, de una manera de entender el Horizonte que resulta generadora de esperanza y movilizadora de energías constructivas.

No puede ser, entonces, cristiana una forma de entender la Utopía de forma totalmente aplazada, como en las revoluciones de “tierra quemada”, al estilo maoísta. Arrasar la realidad actual para volver a construir desde cero, porque en *esta* realidad no hay nada “salvable”. Tampoco pueden ser cristianas, según esto, “soluciones” como la pena de muerte, que no dan salida a ningún problema sino que, precisamente, eliminan toda esperanza de solución. Y podríamos aplicar este tipo de razonamientos a otras muchas situaciones ante las que nos enfrentamos.

3. La tierra transfigurada

Finalmente, es interesante darse cuenta de que, si el Reino está presente en *esta* realidad, significa que ese Reino *no está hecho de otra cosa que nuestra historia*, personal y colectiva, por muy limitada y hasta miserable que nos pueda parecer a veces. Porque “el Cielo no ha esperado”. Dios no ha esperado al final de la historia para inaugurar su Banquete. El amor de Dios es impaciente, y no va a esperar a no se sabe qué señal para comenzar su trabajo.

Esto nos invita a contemplar con gran reverencia *nuestra tierra*: nuestro mundo y a cada persona. No es cristiana una imagen del Cielo que nos separe de esta querida tierra nuestra. El discípulo de Jesús aprende que en cada situación y realidad arde la llama inextinguible de la presencia de Dios. Una presencia viva y laboriosa. La presencia de quien está siempre animando la realidad, llevándola adelante, estimulándola y haciéndola crecer. No hay, pues, persona totalmente desgraciada, ni aspiración despreciable. Nada hay que no merezca ser mirado con respeto y admiración, con amor. ¡Cuánto bien nos haría saber “abrir los ojos” a este misterio, que es el latido más hondo de cada cosa! Esto nos llevaría a mirar cada situación de un modo nuevo, ilusionado, esperanzado, creativo: nos llevaría a *creer* en las personas y en las posibilidades de nuestra historia. ¿No será esta la *fe* que pedía Jesús, esa fe “que mueve montañas”? “Creer en Dios” significa, entonces, creer en las posibilidades de bien de toda persona y para toda situación.

Creer en el Cielo, al estilo de Jesús, nos arraiga en nuestra tierra. Nos arraiga *profundamente*, no superficialmente. El discípulo de Jesús no se contenta con el gozo de acariciar la piel de nuestro mundo, sino que es capaz de besar su corazón, no con los labios de carne, sino con la carne viva del corazón. El que contempla la belleza escondida de toda cosa y toda persona, cuando besa la piel, besa el corazón, y su gozo no tiene límite. De nuevo, creer *así* en el Cielo resulta algo profundamente estimulante, esperanzador y gozoso.

III. EL CIELO HA DE ESPERAR

Habiendo leído lo anterior, quizás uno puede pensar algo así como: “bueno, todo esto está muy bien, pero no es más que un rosado cuento de hadas”. Y es que todos tenemos experiencia también de la dureza de la realidad, de esas cosas de la vida que a veces nos llenan de dolor o tristeza: la guerra, que parece ser eterna compañera de la humanidad, como si fuésemos incapaces de aprender su terrible lección; o las injusticias más manifiestas, la explotación del débil a manos del fuerte, y todo tipo de abusos. O las desgracias naturales, la enfermedad, la muerte prematura. La resistencia, en fin, que parece ofrecer el Horizonte a ser alcanzado. Caminamos y caminamos y siempre está más allá: «Cuanto más voy p'allá, más lejos queda».

Esta experiencia de la vida nos puede llevar, y de hecho lleva a muchos, a “dejar de creer”. Para no llevarse desengaños es mejor no aspirar a mucho. Para qué intentar luchar por una Utopía que nunca llega. Y no sólo no llega sino que a veces parece estar tan lejos como el primer día. ¡Qué desespero ver los bombardeos sobre Iraq en estos días tristes! Parece como si esta historia nuestra no tuviera remedio, por más que hagamos.

1. *“El Reino de los Cielos es como una semilla”*

A Jesús y a sus discípulos también se les planteó esta cuestión. ¿Cómo no? Muchos pensarían, al escuchar a Jesús anunciando ese Reino que ya está aquí, que la cosa no está tan clara. Si el Reino está ya aquí, ¿qué decir de todo ese dolor, de toda esa opresión, de todo ese sinsentido? ¿Es que Jesús fue ciego a todo eso?

No, Jesús fue un hombre realista, no un soñador iluso. En su propia carne experimentó aquello que no puede ser llamado Reino de Dios. Por tanto, el grito de la humanidad rota y sufriente, el gemido del dolor y la injusticia también se plantó ante él, como un desafío a la esperanza. Y Jesús dio su respuesta, que forma parte sustancial de su manera de “vivir el Cielo”.

«El Reino de los Cielos es semejante a un grano de mostaza que tomó un hombre y lo sembró en su campo. Es ciertamente más pequeña que cualquier semilla, pero cuando crece es mayor que las hortalizas, y se hace árbol, hasta el punto que las aves del cielo vienen y anidan en sus ramas».

«El Reino de los Cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer y la metió en tres medidas de harina, hasta que fermentó todo» (Mt 13).

Quien busque el Reino, viene a decir, que no busque un gran árbol, sino una minúscula semilla, que no busque un pan, sino una levadura. El Cielo no ha esperado y está ya presente entre nosotros, y podemos ya disfrutar de él. Pero no esperemos encontrar aún más que su semilla, su levadura. En el bosque de nuestra historia hay muchos árboles, algunos mortecinos, otros deslumbrantes, algunos caducos, otros ufanos. Quizás nos dejamos deslumbrar por ellos:

el árbol del poder o del dinero, o del “confort”, o del “bienestar”, o del “éxito” social o profesional, o de tantos otros idolillos que nos fabricamos en nuestra búsqueda de la felicidad. Ninguno de ellos nos va a conducir por sí solo a nuestro Horizonte último, a la Utopía. Es necesario bajar la vista de la copa de los grandes y brillantes árboles de nuestro tiempo para mirar en el suelo, a la búsqueda de esa semilla que aún no es casi nada pero que está llena de futuro.

Miremos nuestra historia. La historia de imperios que creyeron que serían eternos, y que llevarían “el Cielo” a la humanidad: Roma y su *pax romana*, España y su católica evangelización, Estados Unidos con su *nuevo orden* y su *American way of life*. Por no decir la Revolución Rusa y su paraíso comunista, o el Nazismo y su *Tercer Reich*... o un Bin Laden y su Estado islámico. ¡Cuántos milenarismos que han anunciado el Cielo ya aquí... y han acabado trayendo un infierno!

La diferencia con el *ya aquí* de Jesús, es que aquéllos pretendieron que el cielo que traían se realizaba *ya aquí del todo*: anunciaban un árbol, no una semilla. La historia desmiente todo milenarismo. La Utopía no se realiza *del todo* en nuestra historia. Esto es una experiencia repetida, y que debiera servirnos de vacuna perpetua. Los árboles de nuestra historia, por más espléndidos que sean, nacieron, dieron su fruto, y luego decayeron y murieron. No, no son ellos el Horizonte, el Final de la Historia.

Se trata, pues, de caminar hacia la Utopía, con la esperanza de alcanzarla, pero sin creer que la alcanzaremos *en esta historia*. Se puede vivir ya ahora “en el Cielo”, pero como quien camina hacia él, no como quien ya lo ha alcanzado. Se puede vivir ya ahora en la solidaridad y la fraternidad, pero no como una Fraternidad ya triunfante, sino combatida. Pero fraternidad al fin y al cabo. Porque caminar hacia la fraternidad es vivir la fraternidad posible, es vivir “las primicias” de la Fraternidad. Preparar un banquete es vivir ya anticipadamente la fiesta.

2. “Ni ojo vio, ni oído oyó”

Además, caminar hacia la Utopía, con la esperanza de verla realizada, pero sin la pretensión de realizarla *ya*, nos libera de nuestra propensión a *dominar la Utopía*, a construir una utopía a nuestra medida. Porque el Cielo es aquello que “ni ojo vio, ni oído oyó, ni el corazón del hombre alcanza a soñar” (1Co 2,9). Así, negarse a dominar la Utopía es dejarla abierta a la sorpresa, a la maravilla inaudita, es estar abierto y dispuesto a que “la realidad supere a la ficción”, a que la vida supere nuestros sueños. Porque nuestros sueños, por enormes que sean, se quedan cortos. Dios es mucho más espléndido que nuestros sueños, a la vez que es mucho más humilde. Y es que nuestros sueños suelen ser al mismo tiempo miopes y vanidosos.

Por eso, siempre que el hombre ha pretendido *programar la Utopía*, construir un “mundo feliz” ideal prediseñado, ha acabado creando infiernos. Antes citábamos algunos ejemplos de nuestra historia. Y es que programar la Utopía es crear una utopía cerrada,

cuando el corazón humano es “imagen de Dios” y tiene aspiraciones de infinitud, necesita espacios donde caminar sin detenerse, donde perderse sin poder llegar jamás a puerto. ¿Acaso lo maravilloso de la amistad no es darse cuenta de que, cuanto más se conoce al amigo, más amplio es el espacio en el que nos movemos y más inabarcable nos parece el otro? ¿Amar no es precisamente entregarse a otro, que, por ser otro, nunca podrá ser totalmente abarcado, sino más bien todo lo contrario? De modo similar, alcanzar el Horizonte no debe ser otra cosa más que abrir un espacio infinito en el que exultar sin límite, en el que entregarse sin límite. Por ello, un horizonte prediseñado por nosotros mismos no puede ser Horizonte último. Porque más allá del límite habría siempre otro horizonte.

Por lo tanto, vivir ya aquí “en el Cielo” es un disfrutar de la bondad de todas las cosas, pero de tal modo que dejemos abierta la realidad a un misterio que se abre en su fondo. Gustar aquí la felicidad es gustar algo abierto, inabarcable. Y esto significa que, cuando pensamos y trabajamos por construir la utopía, lo hacemos como a tientas, “haciendo camino al andar”, descubriendo el camino a cada paso. Por eso el Reino de Dios es una semilla, es un germen y una potencialidad que desarrollar, más que un algo acabado y cerrado, de lo que pudiéramos tener unos planos, aunque fueran unos planos firmados por el mejor Arquitecto.

Y así sucede en nuestra historia. Los progresos y victorias de la humanidad sobre la inhumanidad no son algo programado, sino quizás más bien como un dejar brotar la humanidad desde nuestro mejor fondo. Y nosotros somos quizás los primeros sorprendidos, como aquellos israelitas que cantaron aquello del salmo 126:

«Cuando el Señor cambió
la suerte de Sión, nos parecía soñar:
la boca se nos llenaba de risas,
la lengua de cantares».

Y, cuando la lucha por un mundo más justo se vive de este modo, abiertos al misterio de la realidad, que no conocemos aún, se vive también que la Utopía es más un regalo recibido que una conquista o un fruto del propio trabajo. Es una “perla encontrada” más que “el fruto de mis sudores”. Es principalmente una obra de Dios, por más que no se realice sin la obra del hombre. La obra del hombre es el trabajo del que desata cadenas para dejar que la vida pueda crecer por su propia virtualidad. Y así el resultado resulta sorprendente y maravilloso. Por eso, caminar hacia la Utopía es dejarse maravillar por lo que la vida puede darnos, más allá de nuestras expectativas. Permanecer abierto para ser regalado. El Cielo, también en este sentido, *se ha de esperar* y no conquistar. Por eso, entrar en el Reino es causa de alegría y gratitud. Y de amor.

3. Trigo y cizaña

Así pues, el Cielo *se ha de esperar*, es objeto de paciencia. Porque nuestra historia es y será siempre ambigua. La historia no es “trigo limpio”. La historia es “trigo y cizaña”. Y no hay que esperar un campo limpio de cizaña, porque acabaríamos quedándonos sin trigo. Empeñarse, caiga quien caiga, en arrancar toda cizaña, puede hacer que acabe cayendo todo el mundo. Porque, “el que no tenga pecado, que tire la primera piedra”. El que camina hacia la

Utopía debe pertrecharse, por ello, de paciencia, comprensión y capacidad de perdón tanto o más que de deseo y amor al bien. Ha de ser capaz de amar un mundo que es ambiguo. De otro modo, la cizaña de nuestra historia acabará amargando el corazón con el resentimiento, o bien hará desistir del empeño. Cualquier persona que haya militado largamente en alguna causa justa puede dar fe de esto.

El paradigma y la fuente de esta paciencia y este perdón es el Perdón y la Paciencia de Dios. Porque, antes de que nosotros comencemos a “esperar el Cielo”, es el Cielo el que *ha de esperar* para realizarse. Cuando, ante la injusticia o el dolor incomprensible, nos giramos hacia el Cielo, airados, llenos de impaciencia, no nos damos cuenta de que es Dios el que más motivos tiene para desesperarse. Es Dios quien ha esperado y sigue esperando para realizar “lo que tiene reservado a los que le aman” (1Co 2). Pero Dios tiene Paciencia, y sabe aguardar en silencio. Él sabe que el Cielo ha de esperar.

La Utopía no se construye liquidando todo rastro de mal de nuestra historia, y volviendo a construir de cero. La Utopía se construye más bien a través de la reconciliación. La Paciencia de Dios es un abrazo que recoge trigo y cizaña. Esto es lo que nos muestra la vida de Jesús, y singularmente su final. Por eso el Cielo cristiano es una resurrección, es un *levantarse de la muerte*. Dios no expulsa la muerte, sino que la abraza y la supera; la asume de tal manera que puede llegar a decir: “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?” (1Co 15). Pienso, en este punto, en esos versos de nuestro credo:

«Fue crucificado, muerto y sepultado,
descendió a los infiernos,
y al tercer día
resucitó de entre los muertos,
subió a los cielos y está sentado
a la derecha de Dios Padre».

Jesús no “fue ascendido a los Cielos” sino tras apurar su cáliz, nuestro cáliz. Jesús no esquivó los infiernos de la humanidad, se encontró con ellos y los superó, los reconcilió: fundió su dureza, caldeó su frialdad, iluminó su oscuridad. De no ser así, los infiernos no habrían sido redimidos. Por eso, en el Resucitado permanecen las señales de la pasión, las llagas de las manos y pies y del costado. El Cielo cristiano es un Banquete de resucitados, es decir, de crucificados y resucitados.

En el Reino permanecen las señales del dolor y la injusticia de esta historia. Pero permanecen transfiguradas, cicatrizadas. En el Reino de Dios “el lobo y el cordero serán vecinos, el leopardo se echará junto al cabrito, el novillo y el león pacerán juntos” (Is 11). Cuando, en el Banquete de Dios, Yasser Arafat y Ariel Sharon se abracen, no se habrá borrado mágicamente la muerte y el sufrimiento de la Palestina de hoy, sino que ese sufrimiento se habrá transformado en causa de unión. Una transformación que es fruto de la reconciliación, que se da a través del arrepentimiento, de las lágrimas, del reconocimiento de la injusticia, de la reparación del mal, de la apertura al otro. Lo ocurrido permanecerá para siempre, pero ya no será causa de dolor y de odio, sino memoria de un pasado asumido, perdonado: historia de una fraternidad alcanzada por encima de la enemistad. La lucha por la Utopía y la justicia es, en su realidad más profunda, un trabajo de reconciliación. Conviene no olvidar nunca esto.

Por eso, la historia de nuestro mundo es una historia pascual. Así como Jesús fue crucificado y resucitó, así nuestro mundo es crucificado y va resucitando cada día. La historia de la humanidad no es lineal, como un progreso ascendente y continuo. Es más bien una historia de sonrisas y lágrimas, de éxitos y fracasos, de muerte y resurrección.

Y también, por eso, hay cielo para las víctimas y para los verdugos. El de las víctimas pasa por que se reivindiquen las injusticias que se han cometido contra ellas, por la restitución de su dignidad despreciada. El cielo para los verdugos pasa por su conversión: romper la costra de piedra para dejar latir el corazón de carne que se asfixia debajo, porque Dios es “aquel que convierte las rocas en estanques, la dura piedra en manantiales de agua” (Ps 114,8).

Así pues, mirando nuestra historia, llena de cuentas pendientes, no es extraño que la tradición cristiana haya hablado de la necesidad de un purgatorio: la tarea de la reconciliación pendiente. Víctimas y verdugos van a sentarse a la misma mesa, y esto no es posible sin un duro proceso que ponga las cosas en su sitio y pueda curar las heridas de la historia. Un proceso que ya ha de comenzar aquí y ahora.

Por todo esto, la lucha por la justicia es a la vez un compromiso y una esperanza. Necesita tanto de nuestra implicación como de nuestra capacidad de creer en las posibilidades de la realidad. Y debiera ser una lucha bañada en el gozo, el agradecimiento y, en no menor medida, en la paciencia, en la comprensión y el buen humor.

IV. EN EL CORAZÓN DEL CIELO

“Y vi la Ciudad Santa...
engalanada como una novia ataviada para su esposo” (Ap 21)

“Verán su rostro y llevarán su nombre en la frente” (Ap 22)

El Reino de Dios que esperamos, y que ya vivimos aquí “en primicia”, y que viviremos en plenitud un día, es como un Banquete, ya lo hemos dicho. Un banquete no es una bacanal despersonalizadora, ni tampoco un *buffet libre* donde comer hasta la saciedad, ni tampoco un *self service* de autopista para reponer las fuerzas de forma rápida y práctica. Un banquete es, ante todo, la iniciativa de alguien generoso que invita a sus amigos. En tal banquete lo de menos es lo que hay sobre la mesa: lo que importa son los que están sentados a la mesa, y lo que los une.

Los aficionados al cine que han visto “*El festín de Babette*”¹ recordarán cómo aquella espléndida cena nace, casi *ex nihilo*, de la creatividad y el afecto agradecido de la cocinera francesa. En esa cena, los manjares exquisitos que se ofrecen son como un reflejo del espíritu de Babette: un espíritu delicado, detallista, generoso. En todo está presente la atenta mano de la cocinera. Y es ese espíritu el que abre a los comensales a la reconciliación y la amistad. Y esta amistad toma tal densidad que, por así decir, hace desaparecer la mesa y lo que hay sobre ella. El festín está en la unión de los comensales. ¿No es ésta la tendencia, la dinámica profunda, realizada en mayor o menor grado, de toda celebración, de toda fiesta?

Algo así deberá ser el Reino de los Cielos. Un Banquete en el que en todo se hace patente la mano creadora y amante de Dios. El sueño de una gran mesa a la que se sienta toda la humanidad, toda la Creación, convocados por el Amor que los creó y los ha conducido hasta allí. Y en esta mesa, lo esencial, claro, es precisamente aquello que une a todos los comensales. Lo que hay sobre la mesa, e incluso las personas de quienes están sentados a ella, se convierten en puro canal de una comunicación, de un total “te quiero”. Por eso, en el Cielo, todas las cosas, todas las personas serán “pura transparencia” del amor, como abandonadas de sí mismas, como “salidas de sí” y lanzadas al otro. No es de extrañar, pues, que la experiencia de la unión conyugal sea una de las imágenes que utilizamos para hablar del Cielo, porque la unión del hombre y la mujer es una de las analogías que más nos puede aproximar a lo que se dará entre nosotros, y entre nosotros y Dios. Por eso el Apocalipsis pinta a la Humanidad transformada, resucitada, como una novia que camina hacia su esposo.

¹ «El festín de Babette» (*Babette's gaestebud*). 1987. Película danesa dirigida por Gabriel Axel, basada en un cuento de Isak Dinesen. La película puede bien ser una parábola sobre la gracia: en una remota aldea de la costa danesa, dos ancianas hermanas recogen a Babette, huida del París revolucionario, para ser su criada y cocinera. Desconocen que Babette ha sido en París una reputada *chef*. Cuando la cocinera gana una gran suma de dinero en una lotería, decide organizar una cena de agradecimiento para los vecinos de la aldea con los mejores platos que cocinaba en París. La cena, preparada con el máximo esmero, conduce a los vecinos a una profunda alegría que despertará el gozo de vivir de los comensales, haciendo surgir el calor humano que restaurará las relaciones de fraternidad, deterioradas por la cerrada vida y el ambiente puritano que dominan la vida de la aldea.

Si caminamos hacia el Horizonte como hemos dicho antes, de tal modo que ese Horizonte se convierta en una sorpresa y un regalo, alcanzar el Horizonte no puede ser otra cosa que un abrazo de amor con Aquél que nos ha hecho surgir de la nada, y nos ha conducido hasta ahí. Quizás estas palabras resulten oscuras o increíbles para algunos. Pero, ¿no es ésta la experiencia del amor? El que se siente amado, se siente por ello tan radicalmente enriquecido, tan regalado, tan agradecido, que no puede desear otra cosa que encontrarse, abrazarse, unirse con aquel de quien proviene ese bien. Rabindranath Tagore lo decía con la claridad de los poetas:

«No vengo a Ti
solamente por un vaso de agua,
sino por la fuente misma.
No vengo
buscando guía sólo hasta la puerta,
sino hasta dentro
de la casa del Señor;
no busco solamente
el presente de amor,
sino el Amor mismo».

En la experiencia de fe, Dios es Presencia constante. Dios da la vida con todo lo que ésta nos ofrece, y su Presencia nos acompaña y asiste en toda ocasión. Así, Jesús es médico, fuerza del débil, liberador del cautivo, vindicador del oprimido, compañero de camino, maestro, Señor, amigo, novio, pan para el camino, vino del banquete, palabra, luz, vida... Dios es todas las cosas y, finalmente, lo es todo para el creyente. Un todo que no anula nada, sino que incluye todas las cosas. Como en el festín de Babette: nada sobra, ningún detalle, por pequeño que sea, está de más. Cuando se produce la alegría de la comunión, cada cosa está contribuyendo y participando en ese milagro, sin que nada ni nadie ocupe el centro, más que aquel amor que une a los comensales. Así debe ser el Cielo: donde el abrazo con Dios no excluye el abrazo a los demás ni el beso a cada cosa.

Porque, si hablo de un abrazarse con Dios, hay que pensar que no es un abrazo en el que uno queda anulado, enganchado a Dios como una rémora, sino que es como un “bucear” en Dios, como un chapuzón en un espacio infinito, en el que se puede caminar, descubrir, admirar sin cesar. El abrazo de un amor que respeta la distancia con el otro, que cuanto más cerca está, más amplio, alto y profundo siente el interior del otro. Una distancia y una unión al mismo tiempo, en la que se abre la llamada a caminar por el espacio inabarcable de la relación.

Por eso en Dios hallaremos todas las cosas y todas las personas, y en cada una de ellas hallaremos a Dios. Como cuando uno visita una exposición de buena pintura, uno acaba por sentir la presencia del pintor que ocupa todo el espacio, a la vez que descubre un perfil de su rostro en cada cuadro. Por eso el amor a Dios no anulará ningún amor, sino que llevará a cada amor a su cima.

Y en este abrazo y esta unión, como en toda unión amorosa, se pintarán en nuestro rostro los rasgos del Rostro de Dios. “Verán su rostro y llevarán su nombre en la frente” dice el Apocalipsis. En nosotros se refleja ya ahora, y se reflejará entonces con total nitidez, Dios mismo, como cuando contemplamos la luz dorada del atardecer reflejarse en todas las cosas. Y así como en los gestos del hijo se descubren fácilmente los gestos del padre, así también

nuestra sonrisa será como la sonrisa de Dios. De este modo se realizará, “en una medida remecida, desbordada y plena” (Lc 6,38), aquel primer sueño de Dios: que fuésemos “imagen y semejanza” suya.

Y no me atrevo a seguir hablando, que ya debo haber dicho bastantes tonterías. Solamente quisiera recordar, una vez más, que todo esto que aquí digo del “corazón del Cielo”, de lo que será su plenitud más allá de nuestra historia, ya ahora lo podemos ir viviendo, aunque sea de forma fragmentaria y limitada. Vale la pena buscar, porque quien busca, halla.

© *Cristianisme i Justícia* – Roger de Llíria 13 – 08010 Barcelona
T: 93 317 23 38 – Fax: 93 317 10 94 – espinal@redestb.es - www.fespinal.com
Mayo 2003